

NEOLIBERALISMO, ESTADO Y EDUCACIÓN PÚBLICA Y POPULAR

En un contexto mundial que ha virado hacia la derecha, incluso en los países centrales, vivimos hoy en América Latina a un nuevo periodo de desarrollo y consolidación de regímenes neoliberales. Una serie de gobiernos con escasa legitimidad social, como el Brasil de Michel Temer, han intensificado la ofensiva sobre la clase trabajadora y los históricos derechos universales y sociales de nuestros pueblos, como los laborales, los previsionales y los educativos, y han atacado a los trabajadores de la educación de todos sus ámbitos, niveles y modalidades.

Para el caso de la Argentina el gobierno nacional, compuesto por un frente electoral compuesto por varios partidos como el PRO y la UCR, clausuró la paritaria nacional docente y descentralizó las negociaciones, dejándolas en manos de las provincias, lo cual redundó en un año escolar particularmente conflictivo. Al mismo tiempo, se viene preparando el ambiente para una reforma educativa y laboral “desde arriba”. Se trata de una nueva reforma neoliberal, presentada persuasivamente como “Plan Maestro”, que plantea la posibilidad de despedir, precarizar y flexibilizar a miles y miles de trabajadores de la educación en todo el país, conforme a las recomendaciones de organismos internacionales de crédito como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, reforma que supuestamente redundaría en una educación de mayor “calidad”.

En paralelo, desde diciembre de 2015 se ha reducido el presupuesto educativo (al que los liberales denominan gasto educativo), se presiona cada vez más sobre las condiciones de trabajo en la educación y se promueven abiertamente los establecimientos de gestión privada, que son subsidiados en un altísimo porcentaje a nivel nacional. A su vez, el gobierno habilita avanzadas más sutiles, como las iniciativas promovidas en el campo educativo por grandes corporaciones empresarias a través de ciertas ONG, con un impacto por ahora cuantitativamente limitado, pero con una gran visibilidad pública, lo cual representa otro de los frentes de privatización periférica de la educación. No es ninguna novedad que, de máxima, las reformas aspiran a transformar el sistema público de educación en un *cuasimercado* en el que los clientes, padres y estudiantes, tendrían la libertad de elegir conforme a su evaluación sobre la calidad de los docentes y los establecimientos educativos.

Sin embargo, no parece posible en lo inmediato que el gobierno neoliberal de Cambiemos pueda reunir el consenso necesario para avanzar en este proyecto de máxima, al que se opone un amplio y variado frente de resistencias. Aunque el proyecto neoliberal invoca finalidades de democratización y empoderamiento de la sociedad civil, los sindicatos docentes, las organizaciones y los militantes que siguen la estela de la educación popular y luchan por una educación genuinamente pública y popular prefieren poner de relieve todo lo que los distancia de ese proyecto educativo mercantilista. Para ellos, para nosotros, la educación no es una mercancía, un bien negociable, sino un derecho, un bien social cuya provisión es responsabilidad indelegable del Estado y cuya gestión, lejos de quedar bajo el control de los gobiernos de turno y sus problemas de gestión burocrática, debe estar en manos de los trabajadores de la educación, los estudiantes y los padres autoorganizados. Es decir, en manos de los docentes, los movimientos sociales y/o territoriales, los sindicatos docentes, etc.; en suma, en manos de la comunidad políticamente organizada. Además, dichas organizaciones populares vienen librando históricamente una disputa por el Estado, entendido gramscianamente en un sentido amplio, una disputa en la que buscan apropiarse de los marcos de legitimidad, los recursos y la institucionalidad para los movimientos y las causas populares, frente a un equipo de gobierno que aspira a absorber el Estado en el “mercado” y el capital, y, en el mejor de los casos, dejarlo en bancarrota, endeudado, fragmentado y totalmente desarticulado.

Asimismo, la resistencia contra la avanzada neoliberal debe intensificar los procesos de unidad en la acción de las organizaciones y educadores que se filian en la educación popular, que conduzca a tener más para decir, para hacer y para construir colectivamente, más allá de las diferencias ideológicas y/o metodológicas. Sus experiencias y su presente invitan a volver sobre la clásica, espinosa y quizá insalvable discusión de la izquierda sobre cómo se constituye y quién ha de ser el sujeto de la transformación social, un debate que va desde los primeros escritos de Karl Marx y su idea de que debería ser el proletariado industrial que resurgiría de su degradación en manos de la gran industria, hasta los aportes de György Lukács y Antonio Gramsci, pasando por voces latinoamericanas como las de José C. Mariátegui o Paulo Freire, las intervenciones más recientes de Toni Negri, las expresiones sindicales combativas y las de los movimientos sociales como el MST brasileño o el Zapatismo mexicano, entre otros.

La experiencia de la educación en y desde los movimientos sociales surge, así, como un emergente de búsquedas que transitan esas dos direcciones (la de la educación, por un lado, y la del movimiento social y sindical, por el otro), pudiendo aportar a la construcción de un movimiento popular y de izquierda plural, dotado de una agenda anticapitalista en la que el programa clásico del movimiento obrero, centrado en el sujeto trabajador, se enriquece con los aportes del movimiento antipatriarcal, las iniciativas de los movimientos campesinos, las luchas y las organizaciones de los docentes latinoamericanos rurales y urbanos, las actividades de los movimientos originarios, las luchas contra el extractivismo y la megaminería y las luchas de los trabajadores urbano-rurales

por organizarse y mejorar sus condiciones vida y salariales. Una agenda antipitalista abierta, en suma, que aborde todas estas cuestiones en los problemas de los y las jóvenes, los habitantes de los barrios, los pueblos y las fronteras, para contribuir a la organización de una educación capaz de tomar la experiencia de lucha pero, también, los resquicios de tradiciones e invenciones de “buen sentido” que habitan en estos y otros territorios populares. Una educación construida por trabajadores de la educación e intelectuales críticos, que contribuyan permanentemente a su formación y a la generación de momentos y espacios de participación de base, que generen escuelas donde exista una educación política verdaderamente democrática, a partir de la territorialización de las mismas en comunidades permeadas por la lucha, la organización y la transformación de la sociedad.

